

Los Perdidos

Los Perdidos están formados por pequeños grupos independientes. Son antiguos condenados que han perdido a su señor o lo han abandonado voluntariamente.

Tienden a rechazar cualquier tipo de jerarquía, a no considerarse más como luciferinos y a no reconocer más ni los títulos de los señores demonios ni su autoridad. De esta manera, su evolución física en el seno del Infierno sigue unos esquemas muy diferentes de los seguidos normalmente por los Demonios y los Condenados esclavizados.

Las causas de su rechazo son varias. Pueden, por ejemplo, haber demostrado tal lealtad hacia su señor que después de su muerte rechazan toda nueva lealtad. O al contrario, pueden sentirse indignados contra su dueño y haber huido para evitar un combate contra un enemigo superior en número. Pero en muchos casos, estos Condenados no tuvieron otra elección que volverse independientes, el invasor de su feudo tenía la intención de destruirles y de devolverlos al estado de lémur después de su derrota, y otros señores demonios no desean causar conflictos aceptando su lealtad y acogiéndolos en el seno de su feudo.

De este modo, poco a poco los Perdidos formaron una casta a parte, resultante de milenios de guerra feudal entre los señores demonios. Se agruparon en pequeños grupos muy móviles que perseguían distintos objetivos. No existe coherencia entre estos grupos, no hay jefe capaz de reunirlos a todos. Sin embargo, sí se pueden ver como una casta específica ya que todos ellos tienen como punto común el vivir al margen de la jerarquía de los Demonios. No se reconocen como luciferinos, sin embargo no perdieron su esencia.

Particularmente, a las compañías de Perdidos les son insignificantes las alianzas con los otomanos y los europeos. Se ofrecen como mercenarios que ofrecen sus servicios de guías, exploradores o como simples refuerzos de una compañía en los aislados lugares que pueblan. Además también mantienen vínculos con los Demonios, tanto para reforzar a una compañía luciferina en guerra contra otro señor demonio, como para vigilar Condenados u organizar algunos entretenimientos nuevos como combates en la arena. A cambio, los Perdidos negocian los derechos de paso o la seguridad de que ninguna compañía se adentrará en sus tierras, ya que desean conservar sus posesiones apaciblemente.

Con esto, los jefes de los Perdidos muestran comportamientos que no son exclusivamente individuales. Pueden aliarse indiferentemente con todos, del mismo modo que sus estrategias siempre dan importancia a apropiarse territorios sin feudo ni señor, y a conservarlos, para poder ir y venir a su antojo. Desde este punto de vista, todos los Perdidos actúan del mismo modo. Su nomadismo no les impide controlar ciertas rutas ni aliarse con el enemigo de aquellos que pretenden controlar una tierra libre.

De hecho, parecen existir movimientos de migración concertados por compañías de Perdidos. Se trasladan desde las tierras libres hacia las comarcas donde los señores demonios están en guerra. Acosan a los vencedores para impedirles asumir el control de los antiguos feudos en ruinas y reclutan a los criados de los vencidos a sus filas.

Es así como esta casta extrae su fuerza y su número de la desolación

Los secretos de un viejo hombre (sarracenos)

Cuatro siglos de presencia en el Infierno. Este es el tiempo que hace. Imaginaros pues lo que pudo hacer el Viejo de la Montaña cuando descubrió que no envejecía... ¡Todo era posible! Tenía ante él un nuevo reino que había que descubrir y controlar. Y sobretodo, sobretodo estaba donde ningún creyente había ido jamás, al lado de la de Verdad. La Puerta del Paraíso. Qué búsqueda más hermosa podría ser aquello para un creyente como Hassan ibn al-Sabbah.

Hassan ibn al-Sabbah envió a sus hassassins a buscar por todas partes. Primero alrededor de su nueva fortaleza, luego cada vez más lejos. Y reunió meticulosamente toda la información recolectada. Millares de cartas, de informes, de descripciones, de planos... Pero también los estudios sobre la flora y sus usos medicinales o alquímicos, los diferentes Demonios, los recursos geológicos de la Materia Prima... Una materia cuya importancia Hassan ibn al-Sabbah comprendió al instante. Una biblioteca secreta reúne todos sus estudios, y todos sus atlas detallados ocupan un ala de la nueva fortaleza.

Y los informes continuaron llegando cada día desde todos los lugares del Infierno. Y cada día, el Viejo escuchaba los informes que le traían sus hombres.

Al cabo de un siglo, Hassan ibn al-Sabbah ya tenía una idea aproximada sobre los diferentes círculos existentes, los archidemonios y los ángeles caídos que dirigían los principales reinos, los conflictos políticos... Pero nada sobre la Puerta al paraíso. Por supuesto que había muchos rastros e indicios por aquí y allí, pero nada convincente. Entonces Hassan ibn al-Sabbah comprendió que no podría encontrarlo él solo. Tenía que entrar en contacto con los seres que vivían allí. Entonces envió emisarios. Muchos nunca regresaron. Otros volvieron con pactos y tratados, el acceso a ciertos territorios, a ciertos conocimientos, que se costeaban con vidas mortales. Y vidas era lo que Hassan ibn al-Sabbah tenía de sobra con la llegada de los mongoles, y luego los mamelucos, y los selyúcidas... todos atraídos por la Materia Prima. Una fuente prodigiosa de poder y riquezas que el Viejo de la Montaña no pudo abstenerse de ponerla bajo las narices de los diferentes visitantes para captar mejor su atención. Siempre con éxito.

Y las diferentes facciones musulmanas probaron su suerte en los Infiernos, sin saber que el Viejo de la Montaña, junto con sus aliados de aquel lugar, ya había decidido su suerte. E incluso si triunfaran militarmente, su búsqueda de la Materia Prima los condenaría de seguro.

Un siglo después, al viejo de la Montaña se le planteó una situación espinosa: conocía los Infiernos mejor que nadie, pero no progresaba en absoluto. Le faltaba alguna cosa. O más bien sentía que había perdido algo: la pureza de su fe. Aunque había conservado el ánimo, había perdido el instrumento principal para alcanzarlo. Fue entonces cuando llegó Osman con su fuerza unificadora y su fe. Y aquí, Hassan ibn al-Sabbah comprendió que no podría controlarlo como hizo con sus predecesores. Entonces decidió ponerse a su servicio, porque el enfrentamiento le habría conducido a su fin. Lo sabía. Era el momento de prepararse... y esperar la oportunidad.

Porque eso era lo que los otomanos representaban para Hassan ibn al-Sabbah: una herramienta para su búsqueda, actualmente atorada en un punto muerto. En efecto, con los otomanos llegaban hombres nuevos, puros e íntegros, que venían con la misma búsqueda espiritual que él. El Viejo de la Montaña pensó que con toda esa sangre nueva, entre esos hombres santos, encontraría al menos uno en el que la fe fuera suficientemente pura como para llevar a cabo la búsqueda. Y Hassan ibn al-Sabbah estaría justo detrás de él para agradecerse y tomar posesión inmediata de aquello que buscaba desde hacía siglos. Agazapado en su fortaleza, el Viejo de la Montaña espera y escucha los informes de sus hombres. Espera. Tiene todo el tiempo del mundo. Espera. Sabe que un día u otro lo inevitable llegará. Y él estará allí.

Para los hassassins y los nizaritas, más allá de la búsqueda de su señor, existe un peligro inmediato: la pérdida progresiva de su autoridad sobre los territorios infernales. Otomanes, infieles, mercenarios, Perdidos aliados... Jamás hubo tantas facciones, peones sobre el tablero. En esas condiciones, no resultaba fácil conservar el mismo margen de maniobra. Afortunadamente, a los hassassins aún les quedan conocimientos secretos con los que regatear y que les permiten ser indispensables... ¿Pero hasta cuándo?

Errare Humanum est...

... Las sopeso, aprecio su consistencia y me dispongo a devorarlas. Sólo me detiene ese líquido negro y hediondo que se escapa de ellas. ¡Esta hombre, cuyas entrañas saboreo entre mis garras, defecó entre mis dedos! Aquel sobre quien cargué con todo mi peso, a quien abrí en canal, no puede evitar fijar la mirada en mi a pesar de que el ansia por luchar le ha abandonado. Su ridículo sable pende inerte, no lejos de su arcabuz roto. Un despojo viscoso, con una forma apenas reconocible, se desliza hasta el suelo de cenizas e impregna sus capas de tierra.

La tempestad que sacudió la bóveda infernal durante la tarde se disipó, ofreciéndonos la visión de esta pequeña tropa, este miserable contingente de mortales. Dispararon una vez, sus balas reventaron mi piel y entraron en mi carne. Necesité la ayuda de varios condenados de la pereza para poder levantarme. Sin embargo, el hierro de su coraza no le sirvió de protección: mis garras trincharon ese material, del mismo modo que lo hicieron con sus huesos y sus músculos. Mi pequeño cobaya bramó y escupió un poco de sangre. Roja, espesa, que impregnó la alfombra de cenizas. Suspiro, reclino mi gran cabeza y le sonrío. Como si hubiera querido excusarme... ¡Menuda idea! Introduzco mi otra mano más al fondo, traspasando sus bronquios hasta llegar a su corazón, el cual arranco de un tirón. La pequeña masa ya no late sobre la palma de mi mano: se deshinch y libera el líquido que contenía.

Los disparos me sacan de mis observaciones.

Los otros arcabuceros se atrincheraron en la cima de un pequeño cerro. Este pequeño contingente se aventuró muy lejos de la Laguna Estigia ¡Les estoy muy agradecido! Mientras estudiaba sus movimientos, reclutaba a condenados de todas partes. Me enorgullezco al verlos: los Condenados de la Ira enervados y dañinos, y los de la Pereza fofos y lentos. Igual que una ola que no conoce el dolor, los condenados avanzaron, recibiendo el plomo que lanzan los mortales. Esos mismos a los que domina el pánico, abandonan sus municiones y las mechas de sus arcabuces.

Lástima. Un condenado, más veloz que el resto de sus compañeros, cae sobre su presa. Con la sierra que le hace las veces de brazo le secciona una pierna, que cae demasiado lejos para que yo pueda verla... La ceniza se levanta en nubes, y a través de ella sólo puedo adivinar el desarrollo de los acontecimientos: un puñado de estos tardones perezosos, como si fueran una masa uniforme y viscosa de carne, recubren a otro soldado, lo asfixian y le golpean hasta que estalla su caja torácica. Estaría bien reagruparlos, dar un centro común a esta obra de matanzas, sobretudo porque mi arcabucero ya ha entregado su alma a quien correspondía. En la Laguna Estigia no se guardará el secreto. ¡No se dirá que me volqué en la carnicería por el mero placer de participar! Pero ya es demasiado tarde: los que luchan bajo mi estandarte ya se encargan de ello.

Continuará...

... Perseverare Diabólicum

(continuación de “Errare humanum est”)

Otros mortales, incapaces de dominar el terror que sentían, intentaron abrir brecha en nuestras filas, justo al pie de la colina: ¡sólo consiguieron que la caída fuese más dura! Apenas empezaron ellos a arremeter estocadas, cuando los martillos, las hachas y las dagas los descuartizaban sin piedad.

En la cumbre de sus ejercicios espirituales, un santo varón, que acompañaba a esta tropa de mortales, arengó a los suyos. Y rogó a su Creador para que interviniera. Un condenado de la cólera se le aproxima, apartando a sus congéneres con un gruñido, y avanza con grandes zancadas, apoyándose sobre la lacra que tiene en lugar del brazo.

Y puedo afirmar que el cielo se manifiesta en ese momento.

Una luz, que oscila entre el verde esmeralda y el azul del océano de los mortales, desciende hacia nosotros con una lentitud totalmente calculada. Los condenados retroceden humildemente en coro, y se alejan del santo varón que ha roto a llorar. Pero no olvidan a los heridos ni a los que agonizan: las tripas vuelan, se rompen huesos y se esparcen más órganos.

Luego, mientras mis reclutas se retiran, aparece ella. Una gracia divina, sensual, que levanta las cenizas y las esparce en remolinos lejanos. Bajo mis pies, el suelo no es más que una masa compacta de huesos calcinados, y yo deslizo mi mirada por sus curvas, sus resplandecientes senos y sus generosas caderas. Envuelta en esta aureola resplandeciente, la simetría de su rostro se pierde en el límite del halo. Ella se acerca al misionero. Él es todo lo contrario a ella, por no decir que es un pobre reflejo: el mortal está viejo y cansado. Una barba hirsuta cae enmarañada sobre su sayo desgastado. Desconcertado, sin saber a qué santo encomendarse, la contempla. Sin duda la desea.

Él sólo blande un crucifijo, más por costumbre que por convicción. La aparición besa afectuosamente el objeto, dejando allí sus labios sobre los del Creador. Quizás con la esperanza, quien lo sabe, de envenenarlo con su beso del mismo modo que éste corroe la cruz. Finalmente el monje cae de rodillas. Ella le acaricia la frente y puede adivinarse el bulto que deforma su sayo, a la altura de la entrepierna. Ella me mira, la saludo y la tropa hace lo mismo, hincando las rodillas en la sangre fresca.

A lo lejos, el rayo retumba de nuevo; una vez más la Laguna Estigia es desacralizada. Por no decir corrompida. Ya no me preocupo, porque ahí arriba está ella. Asaliah, mi ángel rebelde, mi caída, mi queridísimo querubín. Con un gesto vacilante le presento la palma de mi mano, ahí se encuentra mi trofeo exento de su sangre. Ella asiente con un gesto de aprobación y despide con un ademán a los condenados. Ella acaricia de nuevo la frente del mortal que sobrevivió.

Muy a su pesar.

Una vida en el infierno

¡Mierda de frío! ¡Cómo si las garras, los colmillos y la putrefacción no fueran suficientes!

Sin embargo en los sermones del Padre Wurtenberg, el Infierno se describía como una llanura infinita, ígnea, vacía y poblada por seres de pesadilla. Dejando de lado esta última parte, hay que reconocer que el crucifijo le nublaba la vista, menudo sacerdote. A veces pienso que más allá de este caos infinito, tras el portal de Magdeburgo, el mes de junio está en pleno apogeo. Junio y su calor, las niñas que gritan, los niños que lloran, los reiteres (una unidad de soldados alemanes) que gritan, saquean y violan... Hecho de menos los horrores de la guerra.

Recuerdo con cierta nostalgia los caminos de la campiña sajona, rebajados por el incesante paso de los ejércitos. Conservo en la memoria la imagen de millares de coraceros recubiertos de acero de pies a cabeza. También veo de nuevo las caravanas de suministros y las de artillería, así como la masa bulliciosa de soldados gritones llevando picas o mosquetes.

Debo tener el cerebro reblandecido para apreciar estos actos de matanzas y destrucción. Los caminos, ondulantes como las funestas serpientes sobre las colinas bajas, estaban frecuentados por la muerte y la ruina. Alrededor de esta ruta, una legión de desconocidos daba testigo de la locura de los hombres: una legión de cadáveres podridos carentes de sepultura, hombres, mujeres y niños, todos ellos invitados al festín de los cuervos y al baile de los ahorcados. Los pocos supervivientes que quedaban estaban famélicos, sucios y miserables, y tenían la mirada vacía de los muertos. ¡Incluso nos daba la impresión de cruzarnos con no-muertos alzados de su descanso eterno por medio de la diablería!

Esta parte del Infierno se parecía bastante a una llanura de polvo grisáceo, como si se hubiera reducido a papilla toneladas de huesos humanos. Avanzábamos en formación de abanico, bajo un cielo violáceo con matices de azul. Un viento helado, cargado con aromas de putrefacción mohosa soplaba en todas las direcciones, levantando el polvo y formando gigantescos tornados. Para rematar, empezó a caer una llovizna corrosiva que nos quemaba los ojos, la garganta y la nariz.

Jamás debía aceptar abandonar mi regimiento de Dragones. Tenía una gran fama, la de Tirador de primera. Me respetaban: yo dirigía el mejor escuadrón de la compañía. El Mariscal Pappenheim en persona me condecoró y me ascendió a sargento; me juró que llegaría muy lejos en el servicio militar. Si hubiera sabido hasta que punto seguramente me habría negado. Klaus, sargento Klaus, ese es quien soy; y aquí, más que en ningún otro sitio, debo luchar para sobrevivir.

Hace dos días que los exploradores salieron, y ahora hay más noticias. Cuando le pregunté al capitán por qué estábamos aquí, me respondió torpemente, antes de alejarse con prisa, y un poco molesto, que buscábamos una determinada sustancia...

Así es como empezó todo (1)

Un alba gris se cernía sobre la ciudad de Magdeburgo. Los habitantes que había sobrevivido erraban sin objetivo alguno, como espectros, con la cara manchada de hollín y otras inmundicias. Los perros se peleaban por los despojos de los muertos, compitiendo con los soldados. A nuestro alrededor todo era miseria y ruinas. Yo avanzaba junto con mi escuadrón por entre los edificios calcinados y por un pavimento lleno de sangre y cadáveres. La brisa de la aurora removía las cenizas, los restos de la ciudad hanseática, dificultando nuestra visión, inundando nuestros pulmones. Más abajo, en un callejón, una joven muchacha cedía entre gritos al apetito carnal de sus verdugos. Sus padres se limitaban a mirar con los ojos vidriosos y la garganta seca. Aparté la mirada de esta escena, largamente repetida.

Un extraño cansancio me invadió, como un dejà vu. Por la noche, los fantasmas de mis víctimas me atormentaban. La cacofonía de sus gritos aún resonaba en mi cabeza: aullando, blasfemando, maldiciéndome... ¡Ya pueden arder en el infierno! Yo sólo hice mi trabajo de soldado, nada más.

Me reajusté el casquete de hierro, la pechera y la armadura, y me encendí un gran puro al amparo del viento. Saboreando los restos agrios del tabaco mezclado con polvo, tomé posición sobre el pináculo de un templo derruido. Al desviar la mirada al horizonte, divisé las laderas del Elba bañadas por la pálida luz del día y, sobre la zanja que lo circundaba, se veían los fuegos de las guarniciones de guardia. Más cerca de mi posición, en el camino que llevaba a la ciudad, el Elba estaba cubierto con una mortaja de niebla, y allí centelleaban mil fuegos. La luna moría poco a poco en el cielo inmundo, manchado ahora por un sol rojizo. Dios, gracias a tu misericordia me permites contemplar de nuevo tu sol. Allá donde voy, Señor, sólo me quedará un débil recuerdo.

Se había abierto una puerta a los Infiernos. La idea de adentrarse en el antro del diablo me aterrizzaba por completo. Según algunos, este portal demoníaco era fruto de nuestra barbarie y de nuestra creciente depravación. No sabía qué pensar, a decir verdad, tal y como estaba la situación, me chocaba un poco. Lo único cierto es que me esperaban al amanecer cerca del portal. Por fin iba a ver a la Bestia con mis propios ojos.

El conde de Tilly, nuestro generalísimo, había decidió hacer una incursión reglamentaria por la fuerza. Hasta habíamos azuzado la idea de exigir una cabeza de indígena por soldado enviado. Una verdadera ilusión, se lo había prometido a mis hombres. Tan sólo una ilusión...

El resto de la tropa nos esperaba poco irritados a dos calles del portal. La lluvia había reemplazado al sol, y grandes goterones chocaban contra los cascos españoles y las espaldas de los guardias de la facción. Dios nos meaba desde arriba, debía tener sus razones para ello. Debo reconocer que antes de bailar con Lucifer, una pequeña retención de su divina vejiga no estaba de más. En fin...

CONTINUARÁ...

Así es como empezó todo (2)

La compañía se alineó en una larga fila, como en una parada. El oficial, con adornos tornasolados, parecía una gruesa carpa. Estaba acompañado por un jesuita de mirada siniestra y ropajes negros.

El resto de la tropa lo formaban los reitres con cara de mustélidos. Iban equipados como mis hombres: con arcabuces y espadas. Su tendencia a cambiar de bando cuando la situación se volvía puta, los convertía, de buenas a primeras, en tropas sacrificables.

Mis 10 veteranos, curtidos en 10 años de guerra, harían las veces de tropa de choque. Tilly había venido para asistir a nuestra partida. El hombre que yo había conocido estaba muy cambiado. Su discurso fue grande y noble, sus rasgos eran demacrados y su tez cenicienta.

Al pasar el cordón de guardias apostados para controlar el acceso a la puerta, Tilly dejó caer un: “lo siento, Hans” que me provocó un escalofrío. Un olor a putrefacción empezó a inundar mis fosas nasales y podía oír un zumbido sordo: voces suaves y embriagadoras y el ruido de un salto de agua. La temperatura fue aumentando poco a poco, y a menos de 18 metros, la vi. ¡Ella estaba allí!

¡Terrorífica, fascinante, gigantesca, diabólica... estos fueron mis primeros pensamientos!

Desde el largo puente hasta el bastión de Holzmarch, se arremolinaba sobre el Elba un vórtice con chispeantes relámpagos purpurinos. Una luminiscencia escarlata latía sobre su superficie que hervía como si fuera una gigantesca marmita... Centenares de cadáveres flotaban en los límites del malestrom... qué gran espectáculo, digno del ser humano. Añadiendo algunas especias se podría hacer un buen estofado de carroña...

En las orillas manchadas de lodo y ceniza, los zapadores habían construido un enorme aparejo. Digno de las más bellas catedrales góticas, construidos con el bronce y el hierro ennegrecido de la ciudad devastada. Esta grúa debía hacer pasar por la puerta a una barcaza cargada de buenos y fieles cristianos. El destino: el Infierno. Final del viaje: todo el mundo baja... !o es bajado!

Nuestro primer viaje a borde de nuestra embarcación. Los hombres temblaban, vomitaban, algunos hasta se cagaban encima. Después de un fogoso sermón del sacerdote, nos marcaron con un hierro candente, a cada uno con una matrícula diferente. A partir de ese momento estábamos condenados a los ojos de todos. Nuestra vida nunca sería la misma. La mía no había sido demasiado brillante, pero imaginaos cómo sería luego. El olor a carne quemada se mezclaba con el de la muerte del Inframundo. El barco cabeceó, la cadena de descenso chirrió, bajábamos en cuerpo y alma hacia los Infiernos.

Cuando la barcaza tocó la superficie, me golpeó una intensa luz, y reviví todos los episodios importantes de mi vida a toda velocidad. Los hombres gritaban, se convulsionaban, babeaban o escupían sangre. Un ruido estridente resonó en mi cabeza. Perdí el conocimiento, el mundo se hundió a mi alrededor.

“Lo siento, Han”... ya lo puedes sentir, “querido” Tilly, nos has metido en una mierda monumental, y no estoy seguro de poder salir de ella.

Baphomet

¡Ah... qué descanso! Exhausto, observo los alrededores distraídamente desde la cima de un cerro, y saboreo este único instante de tranquilidad. Desde aquí se extiende una planicie rojiza barrida por vientos helados, hasta perderse se vista. Las chimeneas que se abren en el suelo expulsan polvo incandescente.

A lo lejos, la bóveda de los Infiernos se agita. Ya se han desencadenado las tormentas y los relámpagos se recortan en el horizonte. De aquí a unas horas esta región se habrá metamorfoseado. ¿Tal vez en una tierra helada o en un lago de ácido en ebullición? ¿Es posible que crezcan ojos del suelo? Algo así como bulbos al acecho... a petición de algún príncipe demonio. La Laguna estigia no habrá cambiado ni una gota, siempre será un río de tintes oscuros en la superficie del cual, a veces, se dibujan caras, los recuerdos que una vez absorbió. Su lecho recorre las 4 esquinas de nuestros Abismos, en silencio, sin ningún chapoteo. Suspiro. Acaricio lánguidamente los cuernos que caen sobre mi pecho.

Despatarrado, me dejo absorber por este momento delicioso. Arrastro mis uñas por la roca agrietada, sumerjo mi mirada de osidiana en las tinieblas de la bóveda. La verdad es que estoy agotado y hasta el grueso cuero de mi piel cruje. ¡Corromper, siempre corromper! Mi señora sólo tiene esa palabra en los labios. Por fin, después de más de una década de obediencia, me tomo un pequeño respiro. Aprovecho para alisar mis greñas, aquellas que cuando pueden me hacen cosquillas en las pezuñas. ¡Son tan largas y están tan desaliñadas! A veces, cuando la batalla está en auge se vienen a la boca y las mastico. Mi rabo cuelga dócil en toda su extensión. ¡Cualquier mortal que me escuchara se ruborizaría con esta idea! Al rabo al que me refiero es una extensión de mi columna vertebral. Normalmente uso este apéndice para distraer a mis enemigos. Golpeo con él a los más débiles.

Me demoro aquí, mientras los relámpagos rugen sobre mí. La tensión abandona mi cuerpo y me dejo ir. ¡Qué lejos de mí quedan los espíritus mortales a los que he de engaña para convertirlos en almas condenadas! Un gemido seco y metálico me saca de mis ensoñaciones. Me estiro y parpadeo. Por encima de mí se dibuja una silueta, al principio minúscula, que es bamboleada por las masas de rayos. Ésta se perfila, un casco se dibuja claramente, adornado por largos remos.

Apareció una embarcación suspendida por grandes cadenas.

La borrasca hace entrechocar los gruesos eslabones y la embarcación gana velocidad. No me lo puedo creer, me incorporo: caras descoloridas me miran de hito en hito. Algunos dedos me señalan. Son mortales. Aquí, en un lugar prohibido para todos los hombres desde hace tiempo. Allí hay unos varones vestidos completamente con hierro, incluso el fusil de pólvora que aprietan convulsivamente entre sus manos... no son más que chatarra.

Con un estruendo espantoso, la embarcación choca con la superficie de la Laguna Estigia y rompe su calma. Saltán por el aire unos sacos y la tripulación se bambolea, es mi oportunidad para observarlos más atentamente: sus rasgos son demacrados, sus vestiduras están raídas. No hay ninguna seda, sólo son uniformes de malandrines convertidos en soldados en esta época de miseria. Su primera salva de disparos pasa por mi derecha ¡y una piedra maltrecha estalla por completo! Me deslizo, escapo de los tiradores que se esfuerzan por recargar sus arcabuces. La nave privada de mástil cabecea peligrosamente: es necesario que su tripulación la suelte de las enormes cadenas que la dejaron allí. Se oyen algunos aullidos, las siluetas agitas los brazos en el horizonte, se oyen más rezos e imprecaciones.

Gruño, estoy dudando. El río se remueve y las olas complican las maniobras delicadas. A pesar del viento cargado de escoria y nieve, veo a los humanos moverse, gritar órdenes e incluso diviso la espuma saltar. A lo lejos caen copos de nieve más helados de la Segadora. Y no tardarán en espolvorear los alrededores con su escarcha.

Aquel santo varón, arropado en su traje de gala y que blande un incensario, acompaña a la expedición. No lejos de allí se alzan vientos furiosos que amenazan con llevarme lejos. Estoy sobre mi promontorio, agotado y también confundido. ¿Debo hacer un informe de mi ama de este circo? La duda me asalta, sin embargo vuelvo sobre mis pasos. Lejos de esta unión en la que se mezcla la soldadesca.

¡La virginidad de los Infiernos acaba de sufrir un duro golpe!

Misere mei deus

¿Cómo habíamos llegado aquí? Después de haber batallado por las 4 esquinas de Europa creía que lo había visto todo. Por aquel entonces las reglas eran simples, sólo la historia de unos mugrientos matándose gentilmente, hombres de mala voluntad... Violabas por aquí, violabas por allá, siempre se saqueaba ya fuera por vicio o por necesidad. A veces, por obligación, cortábamos en rodajas a un bribón o dos: este es el lado dantesco del soldado. Hay que decir que cuando una jauría de campesinos te tira al suelo, la situación se torna a menudo violenta, y no necesariamente en provecho del bribón asalariado.

Las reglas del juego en los Infiernos son diferentes a las de nuestro mundo en muchos aspectos. Como mínimo se necesitan unos nervios de acero para entrar. Jugarse los huevos con los condenados te permitirá prolongar tu miserable existencia.

Jamás deberíamos haber traído a los nuestros aquí. Este mundo no era el nuestro, pero ya era demasiado tarde para dar media vuelta. Un lugar donde se baila con la muerte, un lugar de sangre y lágrimas.

Deus misere mei...

Me llegó un eco lejano, una especie de zumbido difuso y continuo. Estaba oscuro, frío y húmedo. De todas partes me llegaban estertores de agonía. Con la cara en el barro y los brazos en cruz, comprobé con cierto horror que la mitad de la compañía no había pasado la prueba del viaje.

El cerebro de varios hombres salía por su nariz en una especie de gelatina negruzca. Otros soldados convulsionaban con los ojos desorbitados y los calzones manchados. Mi ánimo regresó poco a poco, la luz recobró su calor y el sonido se libró por fin de su eco. El sabor metálico en mi boca aún persistía.

Nos rodeaba un paisaje de pesadilla. Una vasta planicie de polvo blanquecino con un cielo rojizo; los Infiernos nos acogían de la forma más inhospitalaria posible. Una bocanada mefítica proveniente del subsuelo infernal descargó toda su rabia en nosotros.

La barcaza medio encallada estaba siempre unida por una cadena al mundo de los vivos. Ella reposaba como una gran tenca en una parodia de un río oscuro y pastoso: una especie de aguas residuales cargadas de inmundicia. Un olor pestilente dominaba la zona, y no sentíamos nada más. A lo lejos, relámpagos rojos cruzaban el cielo. En el firmamento, grandes nubes de color obsidiana ondeaban como oscuros gonfalones movidos por el viento.

El obeso capitán y su sacerdote estaban aturridos pero con vida. Por fortuna ninguno de mis hombres había muerto. Los caballeros denas aún con vida empezaron a entender la amplitud de su estupidez.

Un aullido resuena a los lejos, una señal de alarma. ¡Los enemigos se acercan, formación en diamante, a los arcabuces mis tunantes!

Salidos de la nada, como invocados por el viento, dos decenas de formas aparecieron alrededor de la compañía, a unos 180 metros. Estábamos en una posición desfavorable, de espaldas al río. El oficial lo sabía, pero la prima por indígena muerto resultaba apetitosa.

Entonces vimos a qué se parecían estas inmundas criaturas. Tristes marionetas de color verde mar, humanoides que brincaban como sapos, estas monstruosidades de mirada vítrea eran la misma muerte sobre patas. Mi sangre hervía con sólo verlas. Creo que nuestra alma se rebeló ante este simulacro de humanidad.

Me fijé en uno bien feo que se encontraba en medio de los demás. Era toda una hazaña, ya que era más feo que mi cuñado y debo decir que no tenía una cara afortunada. Apunté, grité las órdenes a mis hombres y apreté el gatillo. El disparo lo alcanzó en toda la cabeza. Todos mis hombres dieron en el blanco. Y allí empezó el drama. Lejos de detener su perezoso avance, el disparo pareció motivarlos a avanzar. Con las primeras bajas, los alemanes huyeron en desbandada. Los "perezosos" los despedazaron. A lo lejos resonaban gritos estridentes. Otros condenados de cuerpo estirado avanzaban como si el diablo los azuzara.

Perforados de lado a lado por piezas metálicas y los músculos al aire, estos monstruos se valían de su sufrimiento como fuente de su furor. Sus garras de hierro y bronce se hundían en la carne de los hombres que huían. La chusma de Tilly había caído, quedaba nuestro capitán y nuestro último cuadrante. Atravesado por el ancla de un demonio de la cólera, el sacerdote apeló a Dios. La aparición de un aura divina le devolvió la esperanza. Los dos “coléricos” apoyados por un “perezoso”, acabaron con sus ilusiones sobre lo divino y con su miserable vida de curilla. El oficial pidió a mis hombres que llevaran a cabo una última carga heroica, por el honor. Yo le respondí educadamente que podía irse a que Belcebú lo desflorara por detrás, y al mismo tiempo ordené una maniobra de retirada. Hombro contra hombro, paso a paso, mis hombres retrocedían en orden, escupiendo muerte a las filas enemigas. Cinco “coléricos” se calmaron definitivamente y tres “perezosos” estaban a punto de ir a dormir definitivamente.

La barcaza se nos acercó por detrás. Uno de mis hombres cayó despedazado por un condenado de la ira. Formación en círculo, el fin se acercaba ineludible. El oficial fue derribado por una bola de fuego verdozo. Una criatura del tamaño de un perro se había agarrado a su cuello y le había petado en la cara. El polvo se alzó a nuestro alrededor, la barcaza seguía allí, a dos pasos. Una pequeña pausa nos permitió subir a la embarcación y disparar violentamente a la cadena a modo de señal para los de arriba. El cielo parecía enroscarse y los relámpagos centelleaban en centenas de sitios.

El portal estaba allí. ¡Había que subir de nuevo, costara lo que costara!

El armazón del barco nos sirvió de parapeto. Mis soldados se debatían como diablos disparando en una cadencia excepcional. Cada disparo daba en el blanco y la planicie pronto se llenó de cadáveres. A lo lejos, las nubes tenebrosas se dispersaron, revelando para nuestra desdicha, un nubarrón de seres infernales voladores: estirges o seres similares. De repente, la barcaza se sacudió... subíamos, no hacia el Paraíso, pero sí hacia nuestra buena y vieja Magdeburgo. Un metro, dos metros... tres seres de la cólera se agarraron a babor. Se sirvieron de sus miembros punzantes para subir a bordo. No los habíamos invitado y encima se permitieron el lujo de destripar a Jürgen. Una última oleada de disparos se llevó a dos de un golpe. Yo acabé con el último mediante el sable; una estocada, cortar y una nueva estocada en toda la cabeza. ¡Partida en dos! Abajo, el mundo ansiaba vernos con la garganta abierta. Esta vez no tuvieron ese placer. Huíamos con el rabo entre las piernas, pero aún estábamos vivos. ¡Vivos!

Sobrevivir, he aquí el juego que jugábamos en el inframundo, sólo sobrevivir. Les dejo a los héroes la suerte de morir. Qué imbéciles...

El inicio de una tragedia

¡... todas las leguas te digo! Hasta el dialecto más oscuro, ninguno me es desconocido. ¿Entonces para qué rezar, padre? Serénate, contempla los Infiernos, aprecia las llanuras que se extienden ante ti. ¿Qué ves? Un yermo calcinado donde árboles chupasangre resisten el paso del tiempo. Y a lo lejos, una ciudad franca. ¡Ése es nuestro destino!

¿Qué opinas? Yo entiendo tus remilgos de curilla, ¡pero deja ya de recitar esos salmos! Oh, no me mires así: comprendo tus pensamientos, sé qué te martiriza. ¿Como iba a ser embajador infernal sino? Venga, camina, nos retrasas. ¿Ahora qué? ¿Qué quién soy? ¿También debo iniciarte en las reglas más primarias de la etiqueta? Como prisionero que eres yo no pido conocer tu nombre, y no cuentes con que te diga el mío, padre.

Tus pies están sangrando.

Te dije que cambiaras tus sandalias por las botas de tus seguidores muertos. Aquí el suelo sólo aspira a succionar tus fluidos. ¿Qué quieres saber exactamente? Adelante, nos esperan. Esta no es una visita de cortesía, el tiempo apremia. Así pues sientes curiosidad por eso. Deja que te ilustre: yo no soy ningún duque de los Infiernos ni el Gran Cornudo en persona. ¡Apenas sí he visto una vez su sombra! No, los míos sólo son vulgares vendedores. Algo así como el de Venecia, he de decir. Una libra de carne, sin cartilago, una libra y no más ¿Es así cómo está escrito, no?

Nosotros trocamos, cambiamos siempre en nombre de otro. Es raro que alguien regatee en su propio nombre. Nuestros amos siempre necesitan más almas para así poder consolidar mejor su puesto. A estos espíritus hay que salir a buscarlos. Hasta la superficie de tu mundo, padre. Respondemos a aquellos mortales que nos invocan, nublamos su razón y cosechamos las mieles del éxito. O bien nos adentramos en las llanuras a esas horas en las que creéis que nadie puede oír vuestros pensamientos. Al acecho de un despistado... Desde el más santo hasta al más depravado, no se nos escapa ninguno.

Nosotros somos la voz que quiebra las convicciones.

¡Eh, no te caigas por ahí! ¡Te quiero vivo, amigo, no en pedazos! Si acabaras en ese río, ¡qué sería de mi reputación! Te sorprende, padre; te siento dudar. Entonces deja ese crucifijo, podría lastimas a nuestros huéspedes, ¿no? Bueno, como quieras.

Has de saber que no sólo nos apoderamos de las almas, también reunimos a los malditos bajo la bandera de nuestro señor. Seducimos a los ciudadanos infernales con la ayuda de esos mortales tan suculentos, tan frescos y llenos de vida. Lo que pasa es que nosotros prometemos almas como pago. ¡pero a veces los tiempos son difíciles! Ya he sufrido 2 veces el deber algún pago. ¡Pero cuando el conflicto estalla debemos actuar con prontitud! Reclutamos súcubos y condenados para sobrevivir a ese sangriento acontecimiento. Es por eso por lo que hemos sido hechos así: poderosos e insidiosos. Si nuestras uñas desgarran cualquier piel, es para reducir a despojos a nuestros adversarios.

Créeme, este oficio es peligroso pero esencial. El día en que ningún mortal nos ofrezca su alma, los mismos cimientos del Infierno temblarán al verse privados de su alimento, de su juego de favores, y los Demonios se destrozarán mutuamente. ¡Hay que ocuparse de ello, Diablos! He aquí por qué estamos destinados a tener éxito o a perecer. Y es el motivo por el que el Portador de Luz nos concede su protección: para que ningún acero ni ninguna bala nos dañe.

Levántate, padre. Se acerca la hora y también las puertas de la ciudad. Acaso no adivinas esas torres que se alzan hacia la bóveda celeste, ya se ven. negras y no obstante tornasoladas. En una de ellas nos separaremos. Uno de mis acreedores nos espera allí en pie; sé que se impacienta y se enfurece fácilmente, apresuremos el paso. Quieras o no, esta tarde te dejaré a sus cuidados.

¡Y eso no lo cambiaran tus oraciones!

Francisco Vargas (transfondo del personaje)

El pabellón francés del palacio del consejo bullía con una agitación nada habitual. La sala de guerra, de dimensiones y lujo desmesurados, convertía en minúsculos a los dos personajes que pertenecían a los más poderosos de ambos mundos. El cardenal Richelieu, Primer Ministro de Su Majestad Luis XIII, y Enrique II de Borbón, general en jefe de los cuerpos expedicionarios infernales franceses.

“- Señor de Borbón, me complacería en medida contratar los servicios del señor Vargas, y en el acto.

-Eminencia, ¿por qué tanta prisa? Otros podrían desempeñar muy honradamente esta función, nobles personajes menos...

-¿Españoles? - Cortó el Cardenal. Enrique se permitió una sonrisa.

-Veo que su Eminencia lee siempre con agudeza el corazón de los hombres- replicó el Borbón.

-Enrique, hágame el favor de prestar atención a mi demanda. ¿Estáis dispuesto a escucharme?

-Eminencia, vos sabéis que su opinión tiene siempre una gran importancia para mi o el rey...

-¡Muy bien! No me voy a ir por las ramas. Es cierto que el hombre es español, es lamentable, pero no podemos hacer nada. Pasémoslo por alto, al menos es un buen católico, cosa que no podemos decir de todos nuestros aliados. Además prefiero saber que este oficial está ocupado en matar a la chusma demoníaca en lugar de “excitar” a nuestros hombres con fiestas flamencas.

-Continuad, Cardenal, se lo ruego...

-Gracias Enrique. Lo más importante es que éste es un genio. Todos los informes de nuestros agentes se ponen de acuerdo en el hecho de que Vargas siente el combate, se adapta fácilmente a todas las situaciones y mantiene a su compañía de forma muy honorable. Representa más que un simple oficial. ¡Por sí sólo es un arma!

-Una arma peligrosa, Eminencia, que siembra la discordia y la destrucción a su paso... - Replicó Enrique.

-¡Enrique, por Dios! - Cortó Richelieu - No estamos en nuestro mundo. ¿Quién se quejará de algunos Condenados descuartizados o forzados?

-Alguien, ciertamente, alguien - Cuchicheó el Borbón - ¿Pero por qué Vargas? Sospecho que me esconde alguna información que le hace apreciar a este español.

Richelieu hizo una pausa, se mesó lentamente la cara, miró a derecha e izquierda y luego, con una voz solemne, replicó:

-En efecto. Podría haber escogido a otro español, como vos decís. Amigo, esta infernal aventura corre peligro en todo momento de degenerar en una cruzada, y puedo asegurarle que cuando llegue pienso apoyarme en gente de mi casa, gente que combate en nombre de los intereses más humanos y razonables, en vez de espirituales. Mire los Von Holbein, los Balaguer, todos individuos competentes. ¡Incluso brillantes! Pero son exaltados, furiosos, ¡Locos por un Dios que creen suyo! ¡Mire su reacción cuando les informaron de un reino sarraceno en el Otro mundo! La guerra, más que colaborar en la causa común. ¡Qué desperdicio! Ponen en peligro a toda la colonia. Un día el Consejo de los Seis deberá tomar medidas contra ellos o aceptar ser derrocados.

-Muy bien, Cardenal - contestó Enrique de Borbón -. Estoy conforme y os concedo mi pleno apoyo.

Vargas les esperaba en la sala de cartografía, en compañía de un mosquetero del rey.

-Usted sabía que iba a decirle todo esto, Enrique, me sorprende toda esta comedia - replicó el Cardenal con una sonrisa en los labios.

-El mérito no es plenamente mío Eminencia, ya que pensé que un “Richelieu” de armas bajo las órdenes de un Richelieu de pluma sería una idea bastante grata...

Dos sombras en la noche

“¿Vargas? ¿Aún no habéis acabado de tocarme los cojones con él? Voy a acabar creyendo que el resto de mis ciento de historias de guerra no son del agrado de vuestros oídos.

¡Si vos lo queréis, pues así sea, sajón!”

Este tipo fue un fiel siervo del conde de Spinola. Cuando éste último cruzaba al oeste del Imperio siempre llevaba con él a su fiel mastín.

De fiar, temible, un estratega despiadado y meticuloso, sin desperdicio alguno, el castellano se forjó una sólida reputación como líder de ejércitos. Spinola lo sacó muy rápidamente del tercio para encomendarle tareas de lo más... delicadas. ¿Un ejemplo? ¡Por supuesto, mi buen Gunthar! Entonces sírveme un dedo de ese succulento licor. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! ¡Bueno! Por el ejemplo: tienes a tu columna en la periferia de un pueblo rebelde y determinado. Si tú envías una compañía de hombres a fisgonear por la zona estate seguro de que volverán con el rabo entre las piernas y los calzones mojados. Un pueblo de insurrectos es un problema para tus vías de abastecimiento, y una bendición para las miles de bocas que debes alimentar.

Es aquí donde intervino Francisco Vargas. Seleccionó a 50 hombres robustos para solucionar este pequeño asunto, redujo el lugar y se apoderó de la villa, y para rematar fertilizó el suelo con la sangre de sus enemigos. Donde antes había un pueblo próspero, ahora ya no hay más que una zona limpia, serena y en llamas. Tal y como yo digo, ¡es el efecto Vargas! En este gran homenaje a San Juan, sólo subsisten empalamientos y horcas, así como mujeres forzadas a abrirse de piernas mientras aún supuran los restos de sus anteriores violadores. ¡Otto, de ya de reírte como un gilipollas, no tiene gracia! ¡Sírveme una lágrima de licor que aún estoy sereno!

¡Haces bien en creer que Vargas es un canalla santurrón! Esto es lo que yo sé de él, y es que proviene de una noble familia castellana. Esta última se altera en la corte del rey como una gran mosca alrededor de una mierda, y al parecer eso funciona.

Los Vargas son ricos, poderosos y les corroe la ambición. Francisco, el hijo menor de una camada de 10, aumentó las subvenciones paternas gracias al arte de la guerra y a la rapiña. Esto es lo bueno de ser despiadado. Yo tengo demasiado buen corazón, esto me perderá algún día...

Despiadado, he dicho, pero al fin y al cabo el capitán es un hombre. Al parecer aún queda algo semejante a un corazón escondido en un rincón casi inaccesible de sí mismo. ¿No lo encuentras curioso, perro sarnoso? Entonces continuo. ¡Otto! ¡Pásame la botella! ¡Date prisa, piojoso!

La bella gitana que conquistó el corazón de vuestro héroe era como una hermosa sombra prometida a la luz de una hoguera, fue desterrada de su tropa por brujería y por pactar con el Maligno. Los jesuitas que rondaban por la zona la aprehendieron junto con todos sus impíos pertrechos. La muchacha se defendió: causó dos muertos y uno con quemaduras graves, pero acabó cediendo bajo la superioridad numérica. Justo antes de que los “cuervos” prendieran fuego a la brea, el capitán intervino, degollando a un misionero demasiado impetuoso, y liberó de sus ataduras a la bella Sara Zingaresce.

Con el sol poniente de Moravia, Vargas, el salvador, llegó con la brillante armadura bañada por el astro carmesí y el bigote canoso impecablemente peinado. Ella tenía el cabello moreno y ensortijado, se acicalaba con adornos tornasolados, su piel oscura y sedosa, la mirada brillante... huuummm... ¡Un vaso, Otto! ¡Otro, por Dios! Una innegable pasión se apoderó de estos dos malditos: una mirada, un estremecimiento... ¡sí... el amor!

Bueno, es cierto que Vargas forzó un poco a la joven en los primeros escauceos nocturnos. La oíamos chillar como una puerca desde el otro lado del campamento. Pero bueno, tanto el uno como el otro se encontraron allí: él era la reencarnación de la táctica militar, ella el apoyo místico de fuerzas que no nombraré. La alianza de dos sombras para combatir a las mismas Tinieblas ¿No es conmovedor? Por una pequeña copa más os podría espi... expli... ooooh... todo me da vueltas... ¡Oh, se ha ido la luz! ¡Mierda....!

“Joaquim! - Exclamó Otto - Aquí tienes al sargento saciado. ¡Ayúdame a llevarlo hasta su tienda, y ten cuidado por los dioses, que va a vomitar en mis botas...!”

Abusus non tollit usum

Ella pasó los dedos por los aros que laceraban su entrepierna, y apartó los labios de su vagina. Sin olvidarse de gemir, se empaló violentamente sobre el misionero y lo cabalgó. Salvaje y feroz, la súcubo se repantingaba sobre el mortal atado a la mesa de obsidiana, piel contra piel, sus carnes abiertas contra la frente del santo varón... A pesar de todo -cómo el crucifijo que él aprieta contra su pecho y sus oraciones mudas- su vitalidad le es robada. Bajo la mirada del demonio embajador, la torturadora ya no se divierte. El embajador infernal lo observa todo con una mirada torva, por no decir vítrea. Sentado en un rincón del sombrío cuarto, privado de ventana o tronera, se enciende un purito que le quitó a un soldado muerto.

La súcubo deja de moverse sobre el mortal.

- Sabes muy bien dónde puedes meterte tu cruz - dice ella. Y se queda en el mismo sitio.

La criatura se contonea de nuevo y le arranca gemidos de placer al cura. A cada sacudida, las heridas del demonio se abren un poco más, revelando órganos que impulsan una vida impía. Ella busca su vieja lengua, reseca por un viaje tan largo, con un largo beso cargado de obscenidad, puede que incluso fuera un tanto animal. El padre escupe, maldice y se resiste todo cuando puede: arqueando los riñones. Montado por una ramera infernal por 5 veces gozosas para ella y en las cuales él se corrió 3 veces en contra de su voluntad. Pensativo, el demonio embajador espiró un humo espeso, sólo tenía ojos para esa desgraciada criatura que se remueve. Suspira e inspira una bocanada: un poco de polvo se mezcló con las hojas del tabaco. El mortal sólo tiene oraciones en los labios. Se aboca al arrepentimiento. Su escroto se vacía una cuarta vez. ¡He aquí lo que se conoce como una desfloración en toda regla! La súcubo se cansa. Abandona su juguete, se aparta de él sin vestirse y camina alrededor de la mesa, agobiada. Se pregunta qué hacer con este ser que chapurrea y que encomienda su alma a Dios.

- ¿Así es cómo pagas tus deudas?- hecha pestes la criatura.

El embajador alza sus hombros macizos y vuelve a avivar su purito con la ayuda de un brasero.

- Haz lo que te parezca- responde él con una sonrisa.

Las lágrimas fluyen por las mejillas del padre, dejando surcos a través de las cenizas que las recubren. La verdugo se enfurece y se cubre de nuevo los hombros con la piel despellejada. Se reajusta con nerviosismo los anillos que le perforan los pezones, sinceramente lamenta no haberse consolado con ese crucifijo: su invitado lo aprieta convulsivamente entre sus dedos. Ella inspecciona el cuerpo: tan blando, pero tan viejo... apergaminado por los años. ¿Por qué suministrarle comida aquí, en el Infierno? ¡Tan delgado que no es capaz de proporcionarle placer! Irritada, busca en una esquina oscura, y extrae de un baúl unas cizallas y unas pinzas. Justo lo necesario para cortar la epidermis, descubrir los músculos agitados por las convulsiones e incluso para perforar las entrañas sin acortar demasiado la esperanza de vida del sujeto.

Si este santo varón no sabe satisfacer a una súcubo que lo monta... ¿la podrá distraer con su agonía?

El embajador aplasta su purito contra las piedras mientras el otro demonio pone a calentar las tenazas. Se oye un grito desesperado: el mortal que, a fuerza de frecuentar a los que administran el Interrogatorio (la inquisición), sabía lo que le esperaba. Después de la violación, la súcubo se prepara para triturarle las tripas. Él se resiste, deteriora las cuerdas que lo retienen en esa mesa de obsidiana, aúlla hasta lastimarse la garganta. No consigue nada, ella corta su piel y aparta la dermis. A través de su sayo, manchado durante el viaje, se extiende una mancha de sangre. Ese humor se une al polvo de los Infiernos y los gritos cesan repentinamente. La súcubo se queda inmóvil, con un tizón en la mano. El embajador se encoje un tanto avergonzado.

- Así están hechos los mortales que nos invaden... - Se asombra la torturadora.

Un líquido pegajoso y blanco fluye de su entrepierna hasta el hueco de su rodilla. Cubre con un mantel las heridas del santurrón, esas heridas rodeadas por una piel muerta, tal y como lo harían las flores con una

tumba.

- ¿Y ninguno de nosotros tratan de pararlos?

El cornudo, que se enciende un segundo purito, se ríe burlescamente. Sacude la cabeza a riesgo de comerse su propia melena.

- Si todos ellos y ellas tuvieran tal envergadura, yo no estaría aquí entregándote a este mortal - replica- Aprovechalo: ¡eres la primera en degustar a un hombre en eones!

El argumento da en el blanco; la súcubo sonríe francamente y recoge su material.